



NICOLAS SARKOZY

Diario de un
prisionero

NICOLAS SARKOZY

Diario de un prisionero

Traducido del francés por Manuel Cuesta



Título original: *Le journal d'un prisonnier*

Primera edición: abril de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Nicolas Sarkozy, 2025
© De la traducción: Manuel Cuesta, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 979-13-87810-63-4
Depósito legal: M. 2.531-2026
Printed in Spain

Advertencia

A quienes tengan la amabilidad de leer esta obra, quiero aclararles que no se trata de una novela. Todos los hechos que aquí consigno se corresponden con la realidad de lo que he vivido en estos diez años de instrucción, seguidos de catorce semanas de juicio penal en París y de tres semanas en la cárcel de la Santé. En aras del respeto a la verdad y de la credibilidad de mi relato, he optado por no modificar el nombre de ninguno de los protagonistas de esta historia.

Cada quien podrá, por tanto, reconocerse en ella y asumir, así, su justa parte de responsabilidad en lo que, sin duda, seguirá constituyendo un doloroso calvario judicial.

Me levanté muy temprano aquel martes 21 de octubre de 2025. Era el día de mi ingreso en prisión. Jamás me habría imaginado franquear los muros de un penal. Era algo simplemente inconcebible. No soy un hombre violento ni un agresor. Siempre he pagado mis impuestos de manera escrupulosa. Nunca he urdido, ni me he planteado urdir, ningún tipo de montaje. Durante veinte años fui alcalde de una gran ciudad, Neuilly-sur-Seine, sin que una sola licitación ni un solo procedimiento, de ningún tipo, suscitara el menor reproche o el más mínimo incidente. ¿Qué podía pasarme a mí? Salvo para alguien que tuviese una imaginación desenfadada o alimentase una paranoia caricaturesca, nada. Tales eran, desde luego, mi convencimiento y mi disposición. Los acontecimientos demostrarían hasta qué punto me engañaba.

Y, sin embargo, aquella mañana soleada, mientras cruzaba París en dirección a la cárcel de la Santé, no podía dejar de reconocer que lo impensable se había producido. ¿Qué me había hecho caer en el lado malo de la Historia, por así decir? ¿Qué había hecho yo para merecer seme-

jante trato? ¿Qué crímenes había podido cometer? Hoy tengo que reconocer cuán honda era mi ingenuidad. Jamás se me habría ocurrido que haber sido llevado hasta la cúspide de la República pudiese constituir semejante amenaza para mi familia y para mí mismo. Estaba literalmente estupefacto ante la concatenación y la rapidez de hechos que estaba viviendo.

Había sido, durante cinco años, presidente de la República francesa. Un honor inmenso, una suerte excepcional... y también un grave crimen a ojos de quienes detentan el poder político, sobre todo si es de derechas. Y yo, de derechas, he sido siempre. Sin remordimientos y, sobre todo, sin complejos, lo que indudablemente constituye una circunstancia agravante. Atribuimos al prójimo los sentimientos que albergamos hacia nosotros mismos. No entender esto a tiempo fue, a todas luces, un error. Soy un pependenciero; no puedo ocultarlo. No me guardo nada —o casi nada— para mí mismo. Eso puede llevarme con frecuencia a sobrerreaccionar, a librar batallas infructuosas; en ocasiones, incluso, a herir inútilmente a mis interlocutores. Al mismo tiempo —pero a la inversa—, me limpia el ánimo de malos sentimientos. Soy incapaz, por tanto, de alimentar un odio duradero hacia alguien; no guardo rencor a nadie. Mis amigos me han reprochado con frecuencia que perdono demasiado rápido o que olvido con excesiva facilidad ofensas y traiciones. He comprendido que el odio es un sentimiento peligroso que se alimenta de sí mismo, que se refuerza cada día hasta volverse inextinguible si uno no se obliga a lo contrario. Cuanto más odia uno, más ganas tiene de odiar: se trata de un bucle infinito.

Tales sentimientos eran, para mí, desconocidos. Yo no me imaginaba que los demás pudieran albergarlos hacia mi persona. Ni remotamente se me habría pasado por la cabeza que yo hubiese podido suscitar pasiones semejantes, tan desmesuradas como desproporcionadas. Pequé, así pues, de una notable desprevención. Lo pagué al más alto precio: con la cárcel. Lo impensable se había hecho realidad.

Tales pensamientos me ocupaban cuando desperté aquella mañana del 21 de octubre. Las primeras palabras de Carla al despertar fueron: «Menuda pesadilla... ¿Qué hemos hecho para sufrir todo este horror?». Ella había pasado una noche espantosa. Yo intentaba tranquilizarla con frases de cuya abrumadora banalidad era consciente. «Ya verás cómo pasa rápido...». El tono de mi voz probablemente delataba la poca convicción que en ese momento sentía. Trataba, a duras penas, de mantener la compostura. Por mi parte, no había dormido demasiado mal, aunque para mí la realidad también acababa de hacerse presente de nuevo. Había pedido a nuestros hijos que nos acompañaran en el último desayuno en libertad juntos. Disfrutamos de un rato feliz en familia, a pesar de las circunstancias. Estaban todos serios, tristes, indignados; yo les agradecí enormemente que intentasen poner buena cara. Mis tres nietos compartían nuestras emociones sin entender los detalles, dada su corta edad. Yo quería que la tragedia que estábamos viviendo sirviera para

unirnos y que cada uno pudiera sacar de aquello fuerza o, cuando menos, razones para aprender, para recordar, para avanzar.

Tomé la palabra para tranquilizarlos y hacerlos partícipes de mi estado de ánimo. Me esforzaba por banalizar la idea de la cárcel, para que las típicas imágenes que asociamos al encierro no añadieran desazón ni estrés a una situación ya bastante angustiada. La realidad era terrible. Me veía obligado a mentir lo mejor posible para calmarlos. Hacía por mostrarme jovial y distendido (en la medida, claro, en que podía). Constataba, una vez más, que dar ejemplo era más eficaz que cualquier razonamiento. El «Haced como yo hago» funciona, con mucho, mejor que el «Haced como os digo». Louis guardaba silencio para ocultar su cólera ante aquella injusticia. Yo advertía cuánto le costaba refrenar su fuerza y su temperamento; estaba orgulloso de su valentía. Jean se preocupaba por su hermana, asumiendo perfectamente su papel de hermano mayor, con esa profundidad y esa inteligencia que lo caracterizan. Pierre aportaba su distensión y su bondad innata; era una luz para todos. Y Giulia, con sus catorce años recién cumplidos, hacía todo lo que podía por afrontar la situación, exigiendo incluso, a pesar de la fuerte fiebre que se le había manifestado durante la noche, ir con sus hermanos a saludar a las personas que se habían congregado alrededor de la casa para brindarme su apoyo. Estaba enferma y apenas se tenía en pie. Le dijo a su madre: «Quiero estar al lado de papá. Sería una decepción enorme para él si yo no estuviera. No puedo hacerle eso». Nuestro deseo de protegerla cedió ante su juvenil volun-

tad. Nos acompañaba también Aurélien —mi hijastro—, concentrado, brillante y lleno de emoción. El clan estaba al completo.

Verlos a todos tan unidos, tan rebosantes de amor, tan deseosos de ayudar, habría hecho que se me saltasen las lágrimas, de haber tenido yo derecho a dejarme llevar. Carla estaba maravillosa, como de costumbre. Tan fuerte como inteligente. Pero yo sentía hasta qué punto su sufrimiento físico era profundo ante la perspectiva de estar separados. En dieciocho años de matrimonio jamás habíamos estado lejos el uno del otro más allá de dos o tres días. No sabíamos cuánto tiempo duraría aquella separación impuesta. ¿Semanas? ¿Meses? Nadie, ni siquiera mis abogados, podía o quería hacer hipótesis al respecto. La incertidumbre era, sin lugar a dudas, lo peor. Generaba una sensación de vértigo. No podíamos resignarnos, prepararnos o simplemente prever nada. A mí también se me hacía insoportable dejar de ver a Carla cada día, pero me prohibía a mí mismo pensar demasiado en el tema. Si yo desfallecía, la totalidad del edificio de nuestra familia correría el peligro de venirse abajo. Y yo podía desfallecer.

Me sentía el pilar de mi familia. Todos teníamos que sacar fuerzas de nosotros mismos, intentar aprender de aquel trance y fortalecer nuestros vínculos. No había otra opción. Me llenaba de orgullo aquella familia reagrupada, unida por el amor y compacta frente a la adversidad.

★★★